

V CERTAMEN

3.º Premio • Año 2003

Perorata acerca de
algunas certezas

Carlos Contreras Elvira

Al lector, activo partícipe interesado:

Sin más, procedo a describirles lo templado de un túnel
subterráneo

desde centro de su fondo.

Todo aquel que en la noche se haya zambullido en el
asfalto

embebido de las calles
sin ver ahogarse y vomitar su alma a una alcantarilla,
tapado con los

ojos

fosforescentes de un gato buscando su cuerpo entre la
basura,

golpeando las rodillas
contra la sombra de un contenedor; o al acariciar una
cuerda de

esparto eléctrica

no haya sentido introducirse las astillas vibrantes y
fugitivas de otro

espíritu

en su alvéolo, que lacre con cemento en este mismo
momento la

vestidura de sus
tímpanos y la comisura de sus párpados.

Váyanse esos que no escuchan el rechinar de los dientes
de un

tenedor contra la
mayólica del plato o la angustia de una fotografía oxidada
por el

lloro de la sutura de
una puerta.

Quédense aquí conmigo los reservados en el interior de
un tronco
desocupado,
los que hayan sentido, curioseado, observado o
imaginado.

Les contaré qué es un túnel subterráneo desde el centro
de su fondo.

La certeza original o primaria es la siguiente:

Nunca atinó el hombre a ahogar su sombra, ya que
continuamente
hay limbos remisos a que las formas desconocidas muestren
su entresijo.

La idea desechada de la creación rápidamente la aprende
un párpado.

Os invito a mirar el bosque cuando es incendiado por el
desconcierto y aluminio de tafetán ciñe la cadera de la
floresta.

Un duende prófugo creyó que los pájaros no eran nada
más que una

bolsa
de aire que se encontraba por la caricia de una llamada
de auxilio,
o cuando el granito desmenuzado de los cementerios de
estrellas, desleídas en nafta bullendo, partía a pacer la
ristra de vértebras del

joven.

No le miréis acurrucado y tembloroso, con los ojos
apagados,

acorralado por cinco
máscaras de niebla desnuda que le afligen; una sin ojos,
otra sin boca, otra sin rostro, otra sin aliento, otra sin
nadie.

Aguzad los oídos, pues esto predica:

-Tengo los aguijones abrasadores de dos escorpiones
repicándome el

cerebro, las uñas
cariadas por palomas sin alas, y vivo espiado ola tras ola
por el adalid

de los octópodos.
Acompañadme a enterrar una nube, para que mis cabellos
se transformen en algas y de mis muslos nazcan escamas
de plumas

áureas.
Ya auguraron mis tatarabuelos que yo iba a ser un híbrido
plantado en

medio del bosque
si la prudencia furiosa de un campi doctor apelmazado de
rocío
y meñiques de cuchillas no cuartearan la condena de los
argonautas

aéreos.
Debéis estar hilarantes ante la caída de ese náufrago
que anduvo por la tierra sumergida para amordazar sus
lémures con

una soga

de viento seco, e ingenuamente obtuvo que áspides
beodas
se deslizaran por sus intestinos y que plantas carnívoras
le devoraran

la lengua,
justo en el momento en que la salvación se arrojaba
sobre su pecho, hiriéndole a partir del cetáceo más
profundo del baptisterio.

La certeza secundaria es la subsiguiente:

La cola de un cometa inmovilizado en los posos del fondo
de una

botella de vino
recuerda a los atabales del oído el murmullo de los
veleros o del

vinagre cáustico.

Aquellos que se olvidaron las orejas en un laberinto de
trabajos

forzados
que suban las persianas de sus ojos, mantengan las
ventanas abiertas, y miren dirección sur-suroeste hasta
que les sangren las cúpulas de las

pestañas.

Usted, lector, entrégueme su mueca más compasiva, sólo
si conoce el

sentido
de una sombra batiéndose con el caballo de luz cuyo
bufido ha

rasgado las cortinas.

Déme por favor la cantidad proporcional al peso de mi
cuerpo de

humo libre,
para rumiar esas nalgas que todavía registran en su
tercera cutícula de

dermis
el recuerdo de la cisura sostenida de un espejismo:
Las pupilas infrarrojas y luminosas rubí cromado de las
pillas.

Os presento a vuestro idéntico.

Beodo de pedúnculos dúctiles, rasca tinta de los papeles
con los dientes,

y sus retratos, salpicados de orín, desde la desviación de
la columna, colindan con los parajes envueltos por las
telarañas

que sostienen el líquido amniótico de los meniscos.

Nunca le atendáis, electrizado y mojado, con los oídos
apagados,

acorralado
por una tribu de lenguas que quieren exprimir, letra por
letra,

irreflexiones baladronas.

Bebed las palabras. Esto predica:

-Tengo buceando en mi faltriquera de carne llena de
sangre y agua

una sombra violada
que nace al mezclarse y señalarse recíprocamente los
entes

palpitantes y los inmortales.

Mi aureola se sumergiría en mi albufera andante sólo en
el caso
de que su ansia por escapar no le trasladara, a partir de
la primera

mañana que el sol
iluminó la tierra sin acertar a enseñársela a los peces que no
saben nadar,
a volar en las sonrisas sin respuesta: igual que la de una
teja apoyada

en su letargo
contra el alambrado antipático de una granja o un osario.

Os contaré una fascinación que tomará invisible a los
escudriña

antílopes
la morada oscura y marmórea de los caracoles y los
crustáceos:
El prójimo sordo intuye que, los pantalones de los
soterrados

registran escalofríos,
debido a que el acíbar de los féretros es excesivamente
manso para luchar
contra el embiste sorpresivo de un ramillete de topos
exaltados.

Por favor, háganle ver a ese impúber travieso que, desde
la piedra más agrietada de los patios, escarnece con sus
burlas los insectos

laboriosos,
que a la altura de su cuello pendulea un hacha afórmico
sin dirección y que recuerde siempre que en los dientes
de las ratas
se esconden inadvertidas la negra del abismo y la

firmeza de la

tarántula.

La certeza terciaria es la que viene:

Lo que preñó de satisfacción los labios de aquel hombre,
dispuesto ya a

escarbar

en los glaciares ardidos que acuñan esas cabezas atrapadas
por capricho

de una paloma

en el narcótico del anverso de una moneda, fue el
sufrimiento tardo de

su hermano

proyectado en un vaso de vodka, cuyas huellas conducían
sobre la arena

silenciosa

a un fémur exhumado, aburrido de ver como le brotaban
líquenes en un

descampado.

Extiéndanme sus brazos, por amor de dios, ayúdenme
antes de que se

desmorone

el cemento de las acequias y nuestras manos sean de
ceniza, sal

quemada o tizón:

Sellen las antecámaras y grapen el pico del cuervo con
anzuelos, para

que en el orden

del día de las lombrices no se toque el siguiente tema: La
transmutación de unos dedos

en fósforos en la opacidad de un trastero por el
sobresalto de unas
pupilas patrullando.

Y como en los caminos sin márgenes están tristes las
piedras y los
cascajos de estora,
que impiden la conversión en cristal de las palmas de los
guantes que

encierran
la monotonía, la desgana y el arrepentimiento de todo el
que ha

nacido, vayan
guiándoles con cautela al borde de esa cenaga, donde
emergen en su

superficie, una tras
otra inagotablemente, las burbujas espumosas y agónicas
de los

pulmones anegados.
Ya que el barro que modela el sueño eterno no encuentra
acción más

lucífera
que la póstuma admiración de una rueda de carreta caída
de su eje.

Os aconsejo, profanadores de espíritus y bragaduras
partícipes del

descarrío,
que precipitéis el nacimiento de estrellas y camposantos,
que huyáis

antes
de que el cuerpo de mi amor se convierta en aerolito

desorientado y

engulla el planeta,
y su pensamiento mal formado resucite en la pasividad
del sapo y en

el automatismo
blanco y grumoso que descosen las comisuras de los
belfos del lebrél al oír la campanilla, pues entonces
caducará la impureza de los

barrancos.

Mientras esto viene, espantad a esa muchedumbre de
sonámbulos

irisados
que fuerzan las ventanas y los antepechos, decidles que
sigue sin regar
con suficiente nitrato el corazón a la pierna derecha del
humano, como para pegar un puntapié detrás de la
pecina a una voz
desatada ya del cuerpo trinchado de la amargura.
La certeza trasera o cuaternaria es la que empieza:

Cuando las consolas son asaltadas por el cerrazón, y un
azulejo mal

engomado
trata de escrutar si en las esquinas donde el moho se
contraría de lo

táctil
los ácaros han nublado el empaque de las peanas, encima
del silencio

embebido
y grácil de los graneros se rastrean, a oscuras, las tres
miasmas que

-Nací en el subsuelo del cáñamo, deteriorado incluso para zurcir

la brecha que cava una mentira en el círculo incólume
de un agujero negro odiado por ser demasiado romántico.
No huyáis despavoridos si testifico que mi cuerpo y
espíritu son los

de ese
difunto sediento que, asustado, corría por los astros de
mi alpaca

anochecida
arañándose la frente contra los vértices calcáreos de las
rinconeras
avaras.

A los panes del trigo áspero para nada les afecta la
extinción de mi

sonrisa
en las fajas de los portones más desatendidos, los cuales
apenas

pueden envenenar
de sombra húmeda al paño ignoto que negocia con el
fruto de la
endrina fermentada.

Ahora ya pueden describir al prójimo cómo es un túnel
subterráneo

desde el centro de
su fondo.